

estudios

La lectura ante el futuro

EL HOMBRE EN EL MUNDO ACTUAL.

Pesan muchos siglos de historia, de conmociones, de ideas, sobre el hombre. La cultura que hoy posee la ha recibido como una herencia espiritual que le une al pasado, pero que, al mismo tiempo, le proyecta hacia el futuro. "El hombre —ha dicho André Gide— es un niño envejecido." Y, por otra parte, ha olvidado las cosas más esenciales. Ha olvidado, a menudo, que no debe ser bestia, aunque no llegue a ser ángel; ha olvidado sus eternos valores humanos, desviándose, a veces, de su camino.

Desde el comienzo de la humanidad nunca ha realizado más descubrimientos ni ha logrado más conquistas técnicas, pero, acaso, nunca los ha empleado tan mal como ahora. Dijérase que el hombre —acuciado por la prisa del vivir actual— no acaba de darse cuenta de los valiosos instrumentos que hoy posee, e incluso parece que no quiere o no sabe encauzarlos hacia un auténtico mejoramiento de su mundo interior. Posiblemente, porque en épocas de predominio técnico, como la nuestra, se produce una relajación o un trastruque de valores morales. Se vive, en general, más hacia fuera. La civilización se sobrepone a la cultura, o, dicho de otro modo, la máquina suele vencer al espíritu. Con razón ha podido decir Huizinga que una cultura nueva sólo puede ser obra de una humanidad purificada. El hombre de hoy, heredero de una cultura milenaria y de una historia no pocas veces ensangrentada o envilecida por sus propias culpas, es, ante todo, un hombre atormentado, lleno de complejos y de problemas que o no existieron para sus antepasados o sólo atisbaron unos pocos. "Para la restauración espiritual que nuestro tiempo necesita hace falta un nuevo ascetismo. El nuevo ascetismo tendrá que ser una entrega de sí mismo a lo suprasensible y eterno, a aquello que el hombre puede concebir y concibe como superior a él" (1).

EL FUTURO EN EL PRESENTE.

Es curioso el contraste entre el hombre antiguo y el actual con respecto a su interpretación del futuro. "No te jactes del día de mañana, porque no sabes qué dará de sí el día que está por venir", advertía Salomón. El filósofo Séneca aconsejaba (2): "Nadie debe prometerse nada del futuro." Sin embargo, otro autor latino, Publio Siro, intuye la importancia del

porvenir cuando dice (3): "El hombre prudente se previene contra el futuro como si estuviese presente." Ya en nuestros días observa un conocido escritor (4): "Si la historia de ayer no hizo más que mostrarnos nuestras caídas; la historia del mañana debe enseñarnos, en cambio, nuestra capacidad para levantarnos y avanzar." Por su parte, escribe Ortega (5): "... no se vive *ahora* ni *antes*, sino en este inmediato futuro que en cada instante avanza hacia nosotros, planteándonos problemas." Es, por lo tanto, la vida "una operación que se hace hacia adelante", y el futuro se nos ofrece como "el horizonte de los problemas". "El hombre no puede volver a ninguna edad zaguera. Está consignado, quiera o no, a un futuro que es siempre, en efecto, nuevo y distinto, llamémosle o no progreso" (6).

No sólo el hombre actual está más abierto que el hombre antiguo hacia la comprensión del futuro. Dijérase, más bien, que nunca como ahora, en ninguna otra época de la humanidad, se ha incrustado tanto el futuro como en nuestros días. Sin duda, porque, desde el Renacimiento, ha ido creciendo el poder del hombre sobre su alrededor de una manera casi fabulosa. "La humanidad civilizada parece en nuestros días un niño que ha tenido demasiado regalos por Reyes. La vida parece irreal y desenfocada. ¿Seremos capaces de asentarnos o habrá siempre una sucesión constante y salvaje de juguetes nuevos?" (7). Las máquinas, las nuevas técnicas nos asedian de continuo. Y, como contraste, otros pueblos, a veces inmensos, e incluso civilizaciones seculares, se yuxtaponen. Coexisten épocas diferentes. Esto ha ocurrido siempre, es cierto. Pero no en la medida que ahora. Hace un siglo, sesenta o setenta años atrás, los negros del Africa ecuatorial, los papúes de Nueva Zelanda, los pueblos aborígenes de América o los siberianos, por ejemplo, ignoraban prácticamente la cultura y la civilización occidental. Hoy la situación es diferente. El caníbal del trópico, el asiático, el habitante de una isla del Pacífico o el esquimal pueden conocer e incluso utilizar los inventos y los prodigiosos instrumentos de la técnica moderna. Los transportes y los viajes dejan ya de ser una dificultad en el globo terrestre para convertirse en una promesa —pronto realizable— a los demás planetas; las canciones, los deportes, la actualidad política o cultural de cualquier país ya no tienen secretos para los otros —incluso para los más apartados—, gracias al cine, la radio y la televisión. Libros y revistas y periódicos llegan desde cualquier parte al último rincón de la tierra. Se hallan en contacto civilizaciones, pueblos, mentalidades separadas por siglos. El salvaje de hoy puede hacer uso —aunque no la comprenda— de la máquina más perfecta. Por el contrario, el hombre civilizado se asombra,

(3) *Sentencias*, 615.

(4) Stephan Swei: *Tiempo y mundo*. Barcelona, 1953, página 103.

(5) José Ortega y Gasset: *O. C.*, IV, 358 y 396.

(6) *Ibid.*, VI, 479.

(7) G. Thomson: *El futuro previsible*. Madrid, 1956, página 163.

(1) María de Maeztu: *Historia de la cultura europea*. Buenos Aires, 1941, pág. 283.

(2) Lucio Anneo Séneca: *Cartas a Lucilio*, ep. 101.

quizá demasiado, de los inventos y las técnicas actuales, ante los que cabe el peligro de que se infantilice. Falta, como dice un fino escritor francés (8), el *sincronismo* real, ya que uno de los riesgos y de los males más agobiantes de la humanidad de nuestro tiempo estriba en que no es contemporánea de sí misma. Otro gran escritor, en una famosa obra de título bien significativo, afirma (9): "Este novísimo mundo no es ninguna utopía, ningún hecho previsto para el año 1984 o para siglos venideros. A diferencia de lo que ocurre en las novelas futuristas de Wells, Huxley y Orwell, hoy no nos separa de la bestia devoradora que es el futuro el ancho foso del tiempo. Lo nuevo, lo otro, lo aterrador palpita entre nosotros... El mañana está ya contenido en el presente, pero disfrazado con la máscara de la inocencia, *camuflado* y enredado con lo habitual. El futuro no es una utopía limpiamente separada del presente: el futuro ha comenzado ya, pero todavía estamos a tiempo de influir en él si sabemos reconocerlo."

EL LIBRO Y LOS MEDIOS AUDIOVISUALES.

Hasta la Edad Media, los libros —unos cuantos libros, copiados a mano— coexistían con la memoria hablada, transmitida de generación en generación como el más venerable legado del saber popular. En los albores del Renacimiento advino la imprenta, y el mundo —según Michelet— entró en el infinito. Prodújose entonces, sin guerras ni revoluciones, sino con la silenciosa expansión de los libros, multiplicados por doquier, la universal influencia del pensamiento humano, que podía atravesar las fronteras. Desde ese momento el libro dejó de ser un afán individual para convertirse en una necesidad colectiva. Pero ha pasado el tiempo. Y de pronto surgen en nuestros días unos aparatos, unas técnicas nuevas... De golpe, el cine, la radio, el disco y el magnetofón y la flamante televisión vienen a disputar al libro su larga y vieja función educadora. Y surgen con el atractivo de la novedad, con el poder mágico de su voz y de sus imágenes, con la bella aureola de unos prodigiosos juguetes capaces de asombrar y atraer no sólo al hombre elemental de las más atrasadas y ocultas regiones de nuestro planeta, sino también al más supercivilizado del mundo occidental.

Aunque la definición académica —"reunión de varias hojas de papel, ordinariamente impresas"— es un tanto prosaica, no ha conseguido el hombre un producto más espiritual que el libro, porque en el conjunto de sus páginas se encierra el medio más poderoso y eficaz de perfección intelectual y moral y el instrumento permanente de educación, de formación y de cultura. El libro ilustra, pero a la vez forma y educa. La educación, algo muy distinto a la ilustración y a la instrucción, lleva además implícitos muy altos valores espirituales, viniendo a ser un cultivo no sólo de nuestra inteligencia, sino de nuestras potencias anímicas. En la educación tiene el libro una importancia fundamental. Es un gran ele-

mento sugeridor, capaz de aumentar, gradualmente, el poder asimilador de las ideas, a la vez que tiende a estimular las cualidades morales del individuo, contribuyendo a fomentar su capacidad de comprensión y sus más diversos y ocultos valores humanos. El buen libro humaniza. En el libro se conserva la cadena de pensamientos que ha ido elaborando la humanidad, viniendo a ser la memoria constante o escrita de los hechos y de las ideas. El libro es, por consiguiente, la forma o expresión más genuina de la cultura. De la cultura, que es, sencillamente, una suma de valores eternos, un conjunto de formas de vida (arte, historia, ciencia, tradición, etc.). Sin embargo, cuando la cultura se orienta hacia lo material, aplicando sus frutos para mejorar la realidad circundante, se trueca en civilización. Producto del dominio de ésta sobre la naturaleza y la técnica son los medios audiovisuales. No es que la máquina y la técnica no puedan ser también producto de la cultura. Pero "estos productos de la cultura debilitan sus fundamentos orgánicos y destruyen su espíritu. La cultura pierde su espíritu y se transforma entonces en civilización" (10).

La cultura representa momentos de intenso trabajo, incluso de sacrificio; la civilización señala períodos de disfrute material y, como consecuencia, de mayor pasividad o debilitación espiritual. Aunque en nuestra época hayamos llegado a una coexistencia —quizá, en algún caso, a una perfecta simbiosis— de cultura y civilización, debe preocuparnos hondamente la debilitación o el trueque de no pocos valores morales, en fuerte y tremendo contraste con el progreso, a veces fabuloso, de la técnica.

En la última gran contienda mundial se planteó el problema —en los ejércitos inglés y norteamericano, sobre todo— de enseñar al mayor número de soldados y en el tiempo más corto posible el uso de aparatos y técnicas nuevas. Así se utilizaron el cine, la radio, los discos, las diapositivas y los magnetofones, con objeto de abreviar y facilitar tales aprendizajes y con el de enseñar las lenguas extranjeras. Poco después, ya en la paz, el uso de los medios audiovisuales aplicados a la enseñanza ha originado un nuevo sistema de educación, directo, gráfico, visual y auditivo, que tiende a transformar rápidamente —a un ritmo bélico— las condiciones sociales y el nivel cultural de diversos sectores de la población, sobre todo, suburbial o rural.

Pero ni el disco, ni la radio, ni el cine, ni la televisión han de ser un fin, sino un excelente medio técnico al servicio de contenidos e ideales culturales y educativos permanentes. Por ello, antes que enemigos o suplantadores del libro, pueden y deben ser sus más eficaces y atrayentes auxiliares.

El libro, eso sí, seguirá transformándose. Sirvan de ejemplo el papel sonoro, descubierto por el ingeniero polaco Stankiewicz; los libros parlantes para ciegos; el microfilm, ya corriente en las bibliotecas importantes; las revistas publicadas en forma acumulativa, que evita la conservación de números anteriores; los libros planografiados; el espectacular "ultrafax", que combina la radio, la televisión y la fotografía, capaz de hacer llegar un millón de pala-

(8) Jules Romains: *¿A dónde vamos, viajeros de la tierra?* Madrid, 1956.

(9) Robert Jungk: *El futuro ha comenzado*, Madrid, 1953, pág. 20.

(10) María de Maeztu: op. cit., pág. 269.

bras en sesenta segundos a un punto lejano y de transmitir a distancia un cuadro, un mapa o un documento...

En suma: de la ponderada colaboración de los medios audiovisuales con el libro cabe esperar los mejores frutos. Todas esas técnicas pueden sembrar inquietudes, despertar curiosidad, engendrar nobles apetencias. El libro ha de llegar después para fijar conocimientos, para enseñar a pensar, para producir en cada hombre un clima espiritual creador y constructivo.

PROBLEMÁTICA DE LA LECTURA ANTE EL FUTURO.

No vamos a tratar aquí de si unos pueblos son más lectores que otros y de si en nuestra época se lee más o menos que en otras. El clima físico y el tiempo son, desde luego, factores tan decisivos en la lectura que bien podría ser éste el tema de otro artículo. Dejémoslo, sin embargo, para otra ocasión. Lo cierto es que hoy, numéricamente, se lee más en todas partes, lo mismo que han crecido la población del mundo, los automóviles que ruedan por la superficie del globo y los libros que, masivamente, se imprimen. Pero no hablemos de cifras. Interesa más —mirando hacia ese futuro que ya palpamos en el presente— fijarse en si el nuestro es un clima propicio a la lectura y en su problemática ante la inmediatez del mañana. La respuesta —y pueden bastar nuestras consideraciones preliminares— creemos que ha de ser negativa, o, cuando menos, incierta. Y, sobre todo —y esto es lo único esperanzador—, que depende de nosotros, como luego veremos.

“Uno de los enemigos de la lectura —afirma Emile Faguet (11)— es la vida misma, que no es lectora, porque no es contemplativa.” En un mundo como el actual, en el que, cada vez más, la técnica se lo va dando todo hecho al hombre, existe el grave peligro de que la pasividad espiritual del individuo aumente. Los múltiples quehaceres, la variedad de los espectáculos —que consumen la capacidad diversiva del hombre—, el desasosiego y la prisa del vivir son otros tantos factores, tendentes todos ellos a disminuir no sólo el tiempo, sino también la calma necesaria a la lectura. No hace más de medio siglo, y aun menos, se pintaban todavía enormes cuadros de historia o de género que hoy sólo caben en los museos, pero no en los domicilios particulares; entonces abundaban mucho más que hoy los libros extensos. Había sitio, quedaba tiempo... Hoy, apenas si tenemos unos minutos, en la sobremesa, para conversar o para leer. Por otra parte, el ritmo rápido de la vida, la rutina, la moda o la inercia —o todo ello junto— han establecido la costumbre de conectar el receptor de radio o de televisión a las horas de las comidas. Muchas personas ni siquiera leen ya el diario: esperan a que se lo lean desde una emisora de radio. Desde ahora, ante un televisor, tampoco se necesita salir de casa para ver el partido de fútbol o escuchar una conferencia o un concierto... En otro aspecto, la juventud actual *se forma* —a veces cabe el peligro de que se deforme— en el cine. Los nombres de los artistas,

sus gestos, sus extravagancias publicitarias, sus canciones, y los temas y los títulos de las películas les son más conocidos que su propia familia y que ese centenar de libros universales que debe aspirar a conocer el hombre de mediana cultura.

Todo esto ha de traer —y, sin duda, las viene produciendo ya— lamentables consecuencias: la uniformidad, la pereza mental, la atrofia inevitable de la curiosidad intelectual. La radio, el cine y la televisión —si son dignos— abren ventanas al mundo, afinan la sensibilidad y depuran el gusto estético. Es cierto. Pero todo ello a costa de sacrificar el propio esfuerzo y la personalidad. Las mismas canciones oídas por radio en todos los rincones del mundo; los mismos gestos y voces, vistos y oídos ante la pantalla del cine o del televisor en toda la superficie del planeta —gestos, voces y canciones que todos los jóvenes tratan de imitar y aprender—, ¿no son una terrible amenaza para la personalidad colectiva de los pueblos y para la individualidad de cada hombre? Los jóvenes de hoy, más que actores de su propia vida, vienen a ser espectadores de la *vida* que unas *estrellas* de cine, de radio y de televisión representan. Lo igual, lo uniforme, la impersonal y lo pasivo adquieren dimensiones alarmantes. Las sombras sobre una pantalla y los ecos de un receptor son los árbitros autoritarios que vienen a cumplir un *fatum* o destino inexorable en esta hora difícil del mundo. Hay que recordar, más que nunca, la frase de Goethe: una de las cosas más difíciles para el hombre es emplear bien las horas de asueto. Y no basta aquel consejo de Ortega y Gasset: “ser policía del libro enfurecido”, pues debemos evitar también que estas prodigiosas técnicas se conviertan en dominadoras. Hemos de procurar que sean, más bien, como “la fierecilla domada” al servicio del espíritu. Para ello, cada día se hará más preciso leer. Pero, leer, no como un opio que eluda el pensar, sino al contrario, como una urgente y necesaria invitación a pensar, a meditar, a buscarse cada uno en sí mismo. Porque, como ha dicho Chesterton, existe una gran diferencia entre la persona ávida que pide leer un libro y la persona cansada que pide un libro para leer. La inercia y la rutina que impulsa a los hombres a encender un receptor de radio o a sacar entradas de cine —sin que, después, lo visto y oído deje apenas en ellos un impacto de curiosidad intelectual o de perfección moral— viene a ser lo mismo, pero en una proporción atterradoramente mayor, que la actitud de esas personas cansadas, apáticas o aburridas que piden un libro para leer. Con una diferencia: la de que estas últimas, acaso, lleguen a encontrar en la lectura —por el solo hecho de tomar una participación más activa en ella— cierto deleite espiritual, algo así como el regusto de ocupar a su voluntad adormecida. Porque, entre otras, tiene la lectura la ventaja enorme de su silenciosa intimidad. A solas con un buen libro podemos pensar, reflexionar. A veces, hasta nos sentimos capaces de contradecirle, de refutarle, de ampliar sus ideas. Podemos volver, cuantas veces queramos, sobre las mismas páginas. Nos es posible, en cualquier momento, abandonar por unos instantes el libro para preguntarnos si somos como quisiéramos ser, si aquello a que aspiramos es digno o

(11) *El arte de leer*. Madrid, 1913.

si hacemos más complicada nuestra existencia de cuanto debiera. En esos momentos de maravillosa intimidad, con un libro entre las manos, es cuando nos hacemos más dignos de nosotros mismos; es cuando la difícil empresa de ser hombre cobra pleno sentido; es cuando damos un aldabonazo en nuestra inteligencia, en nuestro corazón o en nuestra voluntad, que, a veces, puede transformar el rumbo de nuestra vida; es cuando captamos, desde una página cualquiera, la sugerencia capaz, acaso, de producir en nosotros un destello luminoso del que surjan formas nuevas de vida. Que así se originan la cultura, la ciencia y el arte... Como ha dicho Paul Valéry, "un libro vale por el número y la voluntad de los problemas que crea, anima o reanima". La lectura no sólo es un coloquio con el autor de lo leído —como dice Laín—, sino un soliloquio. Es una magnífica autoconfesión, es un íntimo y callado examen de conciencia que, sin el incidente de un libro, sin la agudeza de una frase, sin la posible coincidencia de un estado de alma entre autor y lector, no nos haríamos acaso... Es, siempre, como observa Laín Entralgo (12), una "recreación, así de la materia leída como del alma lectora". Porque la lectura recrea y nos recrea, ya que cuanto leemos lo volvemos a crear nosotros y, al leer, tratamos de ser distintos de lo que habitualmente somos, esto es, de ser más y mejor de lo que antes éramos. Sin embargo, el mismo Laín se pregunta con angustioso temor: "Cuando tanta urgencia nos asalta, cuando la densa trama de nuestros negocios va ahogando implacablemente todo posible ocio y, por tanto, toda ocasión de leer con sosiego, ¿lograremos seguir teniendo alguna parte en ese ingente quehacer universal? ¿Podremos hacer algo para continuar leyendo unas páginas cada día?" (13).

En la calma y el sosiego necesarios para leer debe mantenerse ágil y activo nuestro espíritu, no para sestear sobre una butaca, sino para extraer de las páginas del libro nueva savia que ha de fluir, sugestiva en ideas, siempre confortadora y, a veces, creadora también. Pues, como afirma José María Castellet (14), "sin una humilde y laboriosa disposición de ánimo no es aconsejable que el lector emprenda su lectura, porque —en el mejor de los casos— le resultará crítica en vez de creadora y, con ella, habrá perdido todo su interés la aventura lectora. Ahora bien —añade—, es difícil convencer al lector de que la literatura exige de él un esfuerzo; no olvidemos que la mayor parte de los lectores buscan en ella una evasión. Pero los hechos —esto es, las obras—, cada vez más, le llevarán al convencimiento de que no basta con el mínimo esfuerzo fisiológico de pasear los ojos por las páginas de un libro para obtener, de tan superficial lectura, todo el provecho intelectual que una buena obra puede llegar a ofrecer... Quien quiera obtener los beneficios y el placer de la lectura de un buen libro, tendrá que ganárselos, trabajando en la elaboración de su lectura, igual que el escritor ha trabajado anteriormente en la elaboración de su obra". La tesis de Castellet confirma, en parte, nuestro punto de vista: la lectura implica, en

general, una activa participación espiritual e intelectual del lector, que la hace superior a la común pasividad con que se va al cine y se escucha la radio o se ve y se oye la televisión, sin tregua en todos estos casos para el pensamiento ni la reflexión, en medio de una sucesión ininterrumpida de imágenes y de voces. Pero, como decimos, para que la lectura sea positiva es preciso que el espíritu del lector esté activo. ¿Es un trabajo la lectura?, se pregunta *André Maurois*, según el cual, la lectura es *vicio* para los que en ella encuentran una especie de opio, liberándose —pasivamente— del mundo real; es *placer*, si es activa y, si el lector busca la belleza, el despertar de su propio "yo" o las aventuras que la vida le niega; y es *trabajo*, si busca en ella, esencialmente, conocimientos. Tal es, en síntesis, la teoría de *André Maurois* (15), para quien "el arte de leer es, en una gran parte, el arte de volver a encontrar la vida en los libros y de, gracias a ellos, comprenderla mejor".

* * *

Hasta ahora sólo se ha enseñado, en general, el mecanismo de la lectura. En la escuela, los niños han aprendido a leer. Muchos de ellos, ya hombres, han atrofiado sus posibilidades de lector a lo largo de su vida. Por otra parte, cuando leemos las estadísticas nos conforta, un tanto puerilmente, saber que en ciertos países o en determinadas provincias del nuestro apenas si existen los analfabetos. No pensamos que el analfabetismo —concepto siempre en constante superación— es un gravísimo complejo social que obedece a múltiples causas, entre las que cuentan no sólo la *falta de letras* —como reza su etimología—, sino el medio ambiente y la carencia del más mínimo interés hacia las cosas de la inteligencia y del espíritu. Para remediar eficazmente este verdadero y auténtico analfabetismo hace falta enseñar a interpretar los textos, no sólo el simple mecanismo de la lectura; se requiere inculcar en los niños un sano y ponderado amor hacia los libros, orientándoles —lo que apenas se hace— en sus lecturas. Hace falta que toda esta labor se inicie en la escuela primaria y se continúe, luego, en las enseñanzas medias, técnicas y superiores y halle, siempre, su más firme punto de apoyo en las bibliotecas. Lo ideal sería que cada hogar fuera el núcleo, vivo y permanente, de respecto y de amor hacia los libros y de iniciación en la lectura. Mas, para compensar tal deficiencia en tantos y tantos hogares, deben estar los educadores, pues ser maestro o profesor no consiste sólo —como se viene haciendo— en explicar unos conocimientos generales o una asignatura. Además de esto, supone otros valores humanos, otra misión espiritual, como la que apuntamos. Hay bienes del espíritu —y la lectura en primera línea— cuyo disfrute apenas se ha enseñado a los hombres. Sólo unos pocos, ávidos de saber y de cultivarse, han penetrado, por sí mismos, en el arcano y en el goce de sus beneficios.

No es posible continuar con la actual pasividad ante un futuro cuyos mecánicos anticipos ya vivimos en el presente. Países hay —Estados Unidos y Ru-

(12) Cfr.: *Notas para una teoría de la lectura y El libro como fiesta*, en "La aventura de leer". Madrid, 1956.

(13) *Ibid.*

(14) *La hora del lector*. Barcelona, 1957, págs. 70 y ss.

(15) Cfr.: *El arte de leer*, en "Un arte de vivir", 4.ª edición. Buenos Aires, 1940.

sia, sobre todos— que, en el dominio de la técnica, investigan hoy, afanosamente, el futuro. Con un criterio realista, no se aventuran en lejanas ni especulativas teorías. Lo que les importa no es filosofar, más o menos utópicamente, sobre el futuro, sino hacer algo útil a costa suya: es decir, conquistarlo y, si ello es humanamente posible, orientarlo y marcarle un ritmo (16). En el aspecto espiritual, ésta es la labor que corresponde a escritores, editores, guionistas de cine, radio y televisión, maestros, profesores y bibliotecarios, a todos cuantos tenemos una misión responsable y educadora que cumplir. Trazar, desde

(16) Cfr. Robert Jungk: op. cit.

hoy, la mejor orientación cultural posible del futuro. Si nos preocupamos seriamente —no con juntas y comisiones inoperantes, sino de verdad— del carácter y contenido que deberían tener, por ejemplo, la prensa infantil, los guiones y programas de radio y televisión, y si eliminásemos no pocas películas estúpidas y anodinas, contribuiríamos poderosamente a que los medios audiovisuales se convirtieran en los más atractivos y eficaces colaboradores del buen libro, disipándose con ellos los nubarrones que, sólo en apariencia, parecen cernirse sobre la lectura.

JOSÉ ANTONIO PÉREZ-RIOJA.

La educación de deficientes como problema social

IMPORTANCIA Y AMPLITUD DEL PROBLEMA.

Se ha destacado repetidamente la importancia que entraña lo social en el desarrollo de la enseñanza, en la vida y organización de la Escuela misma, en el contenido didáctico de los programas. Pues bien, si es necesaria y urgente esa proyección social en la Escuela y viceversa, la proyección de lo escolar en lo social, estos aspectos diferentes y diversos hacen referencia a algo extrínseco al sujeto mismo de la educación; es decir, se alude en ellos a la enseñanza, a las normas de disciplina, a los cuestionarios, a la organización escolar, facetas todas externas al muchacho que se educa, aunque encaminadas al mejoramiento y adecuación de su quehacer escolar. Todos los problemas planteados en este sentido son más de tipo material que personal, aunque esta materialidad se oriente hacia la persona del educando que, en este caso, es normal. El problema lo constituye la educación y no el niño.

Sin embargo, cuando de niños anormales se trata, surge el problema social amplio y complejo. La complejidad estriba en que el niño anormal o deficiente presenta dificultades de tipo personal junto a las materiales comunes a la educación de todo niño, dificultades que la sociedad debe solventar necesariamente sin regatear esfuerzos, no sólo por el bien de ese gran sector de niños y muchachos, sino por el propio bienestar de ella misma egoístamente considerado.

No vivimos en aquellas sociedades paganas de Grecia y Roma en las cuales se acababa con la vida de los seres humanos que nacían tarados; tampoco nos permite nuestra manera de ser española y católica privar del ejercicio de los derechos personales a quienes sufren anomalías, como acontece actualmente en países que practican la eugenesia. Ni la actitud antigua ni la moderna pueden movernos a adoptar una posición que no sea la auténtica.

Ahora bien, precisamente porque no está en nuestras manos y repugna a nuestro modo de ser el hacer desaparecer a los deficientes venidos a este mundo,

pues sólo Dios es el que decide la vida de cada uno, estamos, sin embargo, obligados, en la medida de lo posible, a mejorar la personalidad de quienes no llegan a alcanzar la normal. Y el único medio por el que podemos lograrlo es el de la educación.

Pero la recuperación de los deficientes supone además un proceso continuado que abarca toda la vida. La sociedad tiene quehacer con ellos desde el mismo nacimiento, si es en éste cuando ya se muestran las deficiencias, o desde el momento en que las adquiere en el transcurso de la vida. Una comparación somera con el proceso educativo del niño normal demostrará claramente lo que afirmamos.

El niño normal recibe en el seno de su familia la educación preescolar, repartiéndose luego, entre la familia y la Escuela, la tarea educativa. Por último, cuando llega a la madurez, él, por sí solo, es capaz de convivir en el ambiente profesional y social en general, determinándose y actuando conforme a la formación recibida. El único peligro reside en que todas esas fuerzas que actúan sobre el niño de pequeño no estén armonizadas y le deformen más bien que formarlo. Porque, como afirma Rouma, "la formación de un hombre se opera por métodos incoherentes: la madre, el padre, toda la serie de maestros y profesores, los amigos, los influjos múltiples del medio físico y social son otros tantos factores que actúan sin que haya entre ellos ninguna conexión, ninguna inteligencia, ningún plan de conjunto, ninguna dirección única para coordinar todos los esfuerzos. El resultado más cierto que resulta del cruzamiento de influjos, rara vez convergentes, es la formación de individuos, sin originalidad, sin iniciativa, amorfos por el pensamiento, el corazón y el cuerpo" (1).

Salvado este escollo, el muchacho normal deja de suscitar problemas a la sociedad respecto de su educación.

Por el contrario, en el caso del deficiente, la misma familia se considera incapacitada para actuar sobre el niño. Unas veces por falta de medios; en todas las ocasiones porque no está preparada para ese trance, y en muchísimas otras por abandono, lo cierto es que el niño anormal se ve privado desde el principio de los cuidados necesarios que serán básicos

(1) Rouma, G.: *Pedagogía sociológica*. Edit. Beltrán, Madrid, 1926, pág. 308.